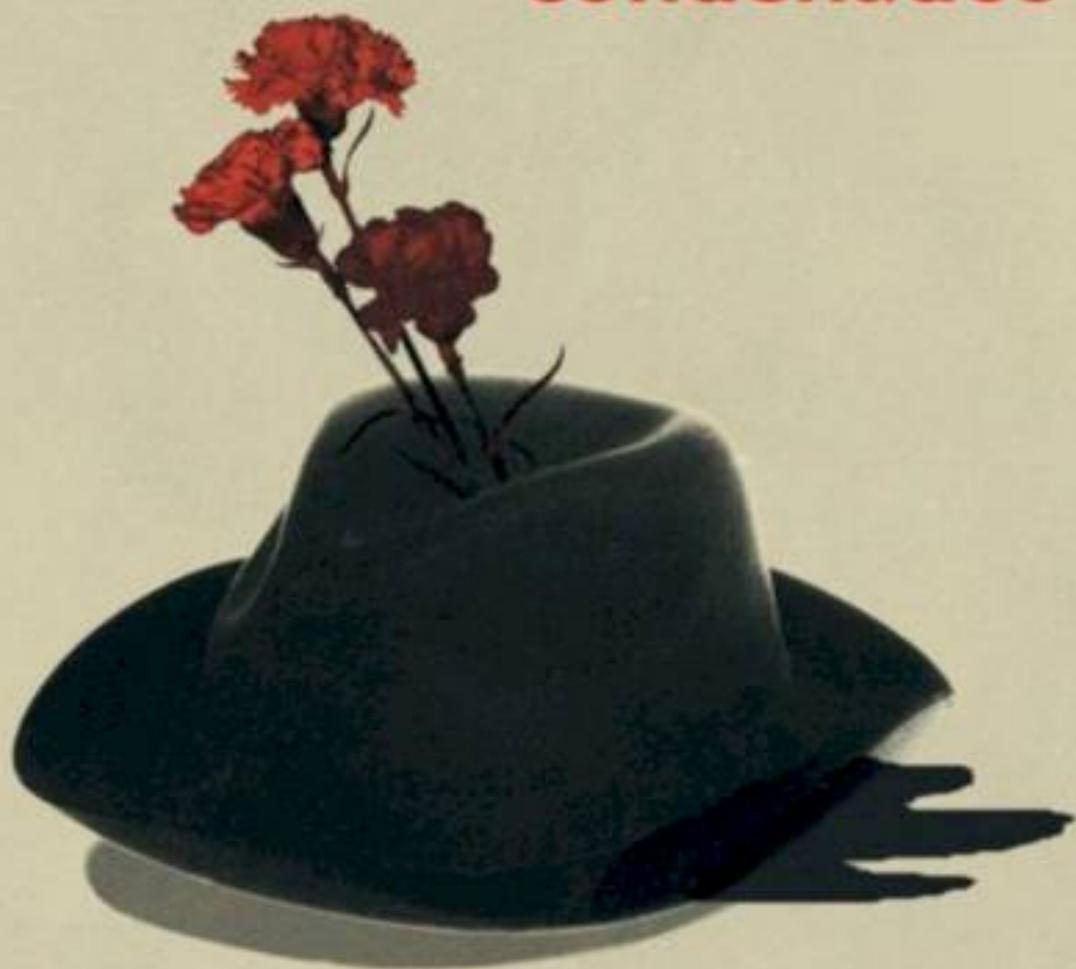


**ANTÓNIO
LOBO
ANTUNES**

**Auto de los
condenados**



En septiembre de 1975, Diogo, un despótico terrateniente, agoniza en su predio de Monsaraz mientras en el pueblo cercano tienen lugar las fiestas y el campo está agitado por los revolucionarios del 25 de abril. En torno a él se reúnen sus herederos, brutales e insolidarios, criados a la sombra del odio y la codicia, condenados a devorarse unos a otros en un mundo cada vez más cerrado. Auto de los condenados es una afilada y feroz crítica a la burguesía portuguesa, y la crónica de la disolución de una familia.

AUTO DE LOS CONDENADOS

António Lobo Antunes

A mi hija Isabel

*A Thomas Colchie, mi agente y Amigo,
cuya fe y entusiasmo fueron tan decisivos a lo
largo
de la dolorosa composición de este libro
y a Miguel Sousa Tavares,
compañero de la infancia recuperada*

*E mais as boas pessoas
são todas pobres a eito;
e eu por este respeito
nunca trato em cousas boas,
porque não trazem proveito.
Toda a glória de viver
das gentes é ter dinheiro,
e quem muito quiser ter
cumpre-lhe de ser primeiro
o mais roim que puder^[1].*

Gil Vicente, *Auto da feira*

*Lonely? Ah yes
But it is the flowers and the mirrors
Of flowers that now meet my
Loneliness
And mine shall be a strong loneliness
Dissolvin' deep
To the depths of my freedom
and that, then, shall
Remain my song^[2].*

Bob Dylan, *11 Outlined Epitaphs*

antevíspera de la fiesta:

NUNO TODO EL DÍA

Mañana

El segundo miércoles de septiembre de mil novecientos setenta y cinco comencé a trabajar a las nueve y diez. Lo recuerdo no porque tenga buena memoria o por escribir lo que me ocurre en un diario (nunca me interesaron diarios ni poemas ni estupideces de éstas), sino porque fue mi último día en la consulta antes de que huyésemos hacia España. Poco después de la revolución, en abril del año anterior, civiles barbudos y soldados de pelo largo y disimulado con cintas vigilaban las carreteras, registraban coches o desfilaban, en grupo, en las plazoletas, dirigidos por uno de esos micrófonos incomprensibles de sorteo de ciegos que había reciclado el marxismo-leninismo-maoísmo. Semejantes a los perros de las playas, que corren junto al mar persiguiendo un olor imaginario, se juntaban en los montes del Alentejo para ladrar el socialismo a los campesinos bajo un proyector polvoriento; recorrían el país en camionetas desvencijadas que amenazaban a los tenderos con las pupilas bizcas de las ametralladoras; forzaban las casas a culatazos blandiendo órdenes de captura frente a narices estupefactas. En cuanto a nosotros, visitábamos los domingos a los tíos que quedaban del naufragio de la familia, presos en el fuerte de Caxias por sabotaje económico, viendo cómo subían y bajaban las mareas del Tajo en la muralla entre rejas de celdas y sobacos de paracaidistas. Sólo la abuela, ya enferma de cáncer, navegaba al azar en el sillón de inválida, con una pequeña radio a pilas pegada a los mechones de la oreja, y contem-

plaba sonriendo, sin entender, a los demócratas que de vez en cuando tropezaban en el pasillo y registraban lo que quedaba de la plata con el cañón de los revólveres, repitiendo los extraños discursos de los altavoces de los ciegos.

Desde abril del año anterior, el ejército y los comunistas se acercaban a las fachadas de los edificios, alzaban el miembro como animales para orinar, y abandonaban en las paredes un chorro de vivas y muera que se contradecían y anulaban, cubierto luego por pancartas de mítines y huelgas, fotografías de generales, propaganda de conjuntos de *rock*, esvásticas, órdenes de boicot al gobierno e invitaciones de retrete, dedos con letras entrelazadas en un noviazgo que el otoño del tiempo desvanecía. A pesar de los *jeeps* de la policía que patrullaban las calles, gitanos cargados de cacharros y sillas asaltaban los apartamentos vacíos del centro. Nacían jardines de infancia en los edificios en ruinas, con niños sentados en el suelo engordando con bocadillos de piedra caliza. Unos Stalin a carbón anti-patizaban con nosotros en las esquinas. Y el río se desmayaba en Caxias, sofocado por las alas de los pájaros, con peñascos de petroleros inmóviles bajo el puente.

El segundo miércoles de septiembre de mil novecientos setenta y cinco, me pescó el despertador a las ocho horas de mi sueño, del mismo modo que las grúas del muelle traen a la superficie los automóviles peludos de limos que no saben nadar. Me alcé en las sábanas goteando noche de las mangas y los pies, hasta que el guindaste depositó en la alfombra, junto a los zapatos de la víspera, mi cadáver oxidado de legañas, embotado de ojeras y reumatismo. Como los cuerpos en el depósito de cadáveres, Ana se envolvía con la colcha en el otro extremo de la cama, y las hebras de sus pelos enmarañados asomaban por encima de la ropa. La gota triste de cera de un tobillo difunto caía del colchón. Mientras me lavaba los dientes, el espejo del cuarto de baño me mostró cruelmente los

estragos, de capilla abandonada, de los años. Había hileras de frascos y tubos en estantes de cristal, el tubo de escape del secador y la claridad demasiado intensa que se empañaba con el vapor de la ducha, detrás de la cortina de plástico con pececitos pintados. Como siempre, el jabón se me escapó tres o cuatro veces de la mano para adherirse a los azulejos o patinar hasta el lavabo dejando un rastro de espuma, y yo me deslicé, casi a gatas, tras él, miope por el champú, golpeándome las piernas en el bidé, agitando los brazos en busca del equilibrio que se me escapaba, aferrándome a los toalleros cromados para librarme del traumatólogo, hasta regresar, tiritando, con mi besugo color rosa en la mano, de vuelta al chorro de agua caliente de la ducha. Ana fumaba, recostada en un almohadón, mirándome. Los árboles de la embajada de Bolivia crecían en la ventana a nuestro encuentro. Los gorriónes se colgaban cabeza abajo en las ramas. El día y el hedor de las tinieblas se confundían en las mantas. Abrí el cajón para elegir una camisa, una corbata, y allí estaban los calcetines y calcetines con mil artejos de ciempiés dentro. Ana seguía fumando y al anochecer unos tipos con sombrero, pistola al cinto y bigote circulaban por los balcones iluminados de Bolivia con una dignidad de Zapatas diplomáticos. Me escondí en los calcetines, en los calzoncillos, y me abrochaba el chaleco cuando Ana me dijo desde la almohada, encendiendo un segundo cigarrillo en el primero: Con una mancha negra como ésa en el muslo, Nuno, hay que tener por lo menos la decencia de hacer que nadie la note. Seguí vistiéndome: hacía dos semanas que no sabía nada de Mafalda.

—Me he dado con la pierna en algún sitio —informé yo, preocupado por los cordones—. En el guardabarros, en una cómoda, en un chisme cualquiera. Me doy montones de golpes y no llego a acordarme de dónde.

Ana se tumbó de lado en el colchón, sonriente, y apoyó la mejilla en el brazo: por lo menos desde el divorcio,

hace cinco años, no soporto sus sarcasmos.

–Son las extrañas manías de tus novias –dijo ella con un deje ácido–. Discúlpame, pero es un problema de estética, nada más.

–Me he dado en algún sitio –repetí haciéndome un lío con la corbata: Mafalda había roto conmigo por enésima vez, por no romper yo definitivamente con Ana.

–Te pones tan nervioso cuando te hablo de eso que ni siquiera logras hacerte bien un simple nudo –dijo Ana con una especie de relincho de triunfo, desparramándose, líquida, en las sábanas.

Nervaduras de barcos corrían sobre el Tajo. Un bolero en la radio me expulsó entre saltitos de baile hacia la puerta: me agarré al armario para que no me arrastrase un torrente de bemoles.

–De nervioso, nada –dije–, son estas mierdas de seda que resbalan.

La criada calentaba el café en la cocina. Su habitación, con la maleta bajo la cama, era un cubículo en el otro extremo del piso, junto al arbusto de metal de la escalera de incendios, las hojas de cuyos escalones gemían y chirriaban en invierno, en plena oscuridad. Ana le compró un baúl para la ropa y una mesilla de noche de esmalte blanco, sin duda pillada por mi suegra, íntima de médicos y subastas, en un saldo de hospital. Las bisagras de las suelas nuevas despertaban ecos en todo el edificio, del techo a las catacumbas de cemento del garaje, donde los automóviles pastaban sus propias sombras con los dientes de las rejillas. La criada me sirvió el café e introdujo dos cartas de pan de molde en la ranura del buzón de la tostadora.

–No tengo hambre –dije para vengarme de Ana–. Bebo una taza de café con una tostada y me marchó.

De los edredones de los niños venía de vez en cuando un alboroto de toses. El pediatra trataba con gotas y jarabes esos espasmos de diésel, y me asombra que hoy, en lugar de un par de chicos pálidos y delgaduchos, abraza-

dos a pañales, masticando los puros de los chupetes, se me presenten los domingos, en el vestíbulo oscuro del edificio de Campolide donde vivían mis padres y yo vivo ahora, unos adolescentes con casco de marciano, con una esperanza de bigotes entre la nariz y la boca, enfureciendo a las motos para exigirme dinero, en el clima tenso de los asaltos a los bancos.

—Al menos una cucharadita de mermelada, señor —dijo la criada mostrando un frasco—. Trabajar en ayunas le hará daño al estómago.

Usaba un orzuelo perpetuo y olía no a noche como toda la casa sino ya a hora de cenar y a cansancio bajo la bata de sarga. Olía a después del postre, cuando levantaba los platos, conectaba la máquina, y desaparecía en su cubículo, sin lavarse, esparciendo a su alrededor un hedor melancólico de cabra. Olía a lo que huele hoy en día, casi diez años después, en que me trata de tú, se ahoga en collares de pacotilla y se instala a mi lado en los asientos tapizados con cuero del coche, sujetando con ambas manos el manillar de charol del bolso. Pero en el tiempo del que hablo, en el tiempo de este libro, aparté la mermelada, rechacé la tostada, probé el café y le faltaba azúcar. El reloj de la cocina marcaba las nueve menos veinticinco. La criada alzó el brazo para coger la lata de galletas de vainilla de una balda alta y sus aromas crecieron: Una galleta para el camino, señor. Los árboles de la embajada de Bolivia se despojaban de sombras. Gracias, dije yo mientras los codos se retraían tal como se cierran los abanicos, ofendidos: si tengo hambre, hay una cafetería justo enfrente del consultorio, no vale la pena preocuparse por eso.

Crucé el pasillo y fui a la habitación a despedirme de Ana. Seguía fumando, rígida en la almohada, interesadísima en las espirales de la consola. De vez en cuando sus dedos subían a la altura de la boca, una puntita roja se avivaba, el humo desplazaba su cara y la mano se apoyaba de nuevo en una arruga de las sábanas, sobre el nido del

cenicero de cristal. Las crisálidas de mis hijos se revolvían en la sala contigua, encerrados en los capullos de la litera. Permanecí de pie un momento, con los pulgares en los bolsillos, indeciso: desde que le telefonearon, no sé quién, hablándole de Mafalda, Ana se desinteresó por completo de mí.

–Hasta luego –dijo mirando de reojo hacia el espejo, que reflejaba las persianas tras las cuales ondulaba un Tajo de juguete, sembrado de paquebotes falsos. Daban ganas de sacar del bolsillo unas cuantas gaviotas de papel y espolvorear el muelle para que el agua del espejo comenzase a temblar. Encontré la cara inquieta de la criada en el vestíbulo, entre los cuernos africanos del perchero. Y sentí los olmos de la quinta, en verano, cuando éramos pequeños, muy arriba, junto al muro.

–Si quiere, ha sobrado un trozo del bizcocho de ayer.

El ascensor transportó mi negativa hasta la planta baja. La portera, que regaba las plantas del vestíbulo, olía también a noche, y se oían grillos e insectos de las tinieblas zumbando bajo su delantal. La tierra de los tiestos olía igualmente a noche, húmeda de helechos y de agua. A cada poco, la portera mantenía la regadera en el aire e insultaba a los chicos que pedaleaban en sus bicicletas a lo largo del edificio, bajo las arcadas.

–Hola, doña Dulce –dije al bajar las escaleras hacia la calle, aún pensando en el pastel, escupiendo migajas de bizcocho con la lengua.

–Me han meado los geranios, señor –respondió quejumbrosamente alzando la oreja de liebre de una hoja difunta—. Si mi marido no estuviese con el asma, los echaba del barrio a tiros. Acérquese un momento y vea cómo huele a amoníaco. Yo poniéndoles fertilizante y los guarros orinándoles encima.

Los chavales se cruzaron con nosotros silbando en son de burla, la portera se precipitó hacia ellos empuñando la regadera, y los olmos y el aroma de la noche desaparecie-

ron. En un talud se acumulaban automóviles iluminados por el sol: ¿qué le habrá hecho Ana a la casa y cómo será aquella parte de Restelo ahora? ¿Tan fea y polvorienta como en aquella época, menos, más, habitada por los mismos ingenieros, los mismos médicos, las mismas economistas divorciadas, con abrigo de pieles? ¿Y el barrio de chabolas de gitanos y negros bajo el ventanal de la habitación? Saqué el coche de una extensa fila de hocicos sonámbulos de capós y acabé tropezando con las piedras, con tubos de desagüe, con planchas de madera, maldiciendo la senda, hasta la avenida de los bomberos, camino de Monsanto, después del puesto policial en una especie de plaza, donde los plátanos se cubrían con la arena color caqui de los constructores civiles. Avancé a lo largo de los taludes y los arbustos del *camping*, pasé un nuevo barrio de chabolas, con casitas al borde de la carretera, en el que mujeres parecidas a la portera vaciaban barreños en el asfalto, un campo de fútbol, un puente, y después el camino habitual del consultorio, no éste de hoy, en Loures, con ovejas pastando en los espacios de las encías de los pacientes, sino el antiguo, el majestuoso, el de la Bramcamp, en un edificio con vestíbulo de templo griego, entre un *pub* y una *boutique*. Los clientes deshojaban margaritas de revistas en la sala de espera. La silla se plantaba en el centro de la sala como una horca, y los instrumentos y las prótesis me señalaban aristas y caninos. La enfermera, herencia del colega anterior, junto con la cisterna averiada, colocaba las fichas en orden, oliendo a eficiencia y a desinfectante.

—Buenos días —dije yo mientras colgaba la chaqueta en el armario, de una percha de alambre, y sacaba la bata de las torturas. La enfermera preparaba ganchos y bolitas de algodón y encendía el vídeo en el que un coyote perseguía a un pájaro en un paisaje de dunas. Fuera, las granadas del calor de septiembre destruían la ciudad fachada a fachada. El empleado de la estación de servicio, reducido